

Tiempo mítico, tiempo verbal, tiempo histórico

Antonio García de León*

Puesto que la ciencia es a fin de cuentas una representación lingüística de la experiencia, la interacción entre los objetos representados y los instrumentos lingüísticos de la representación exige, cualquiera que sea la disciplina considerada, un examen previo, de estos instrumentos.

Roman Jakobson, *Nuevos ensayos...*, pp. 72-73

La reinención del pasado

Siempre se ha dicho, y no sin razón, que el pasado sólo es posible por el presente, que el único pasado posible es el que podemos ver y seleccionar con los ojos del presente que en todas las sociedades humanas es necesario reinventar constantemente el pasado y que, para ello, el único referente posible son las relaciones sociales y los marcos culturales que se suceden a través de los diferentes «presentes sucesivos».

En algunos contextos, como en el de los pueblos sometidos por la expansión colonial moderna que se desató incontenible desde el siglo XVI, esta reinención constante constituyó una de las formas más claras de supervivencia y adaptación, una de las modalidades posteriores al «encuentro». Un ejemplo son los registros temporales y proféticos de los mayas de Yucatán compilados por los escribanos de cada pueblo, los *Chilames*, que cumplen esta función de ligar el pasado con el futuro a través de un registro escrito del presente. Otro ejemplo es la fusión de los fenómenos de resistencia con los espacios lúdicos, *el uso de la fiesta como representación simbólica cotidiana de la resistencia secular*. El más claro ejemplo de esto lo constituyen

*Facultad de Economía/UNAM-INAH

los Carnavales de los tzeltales y tzotziles de los Altos de Chiapas, cuya fecha de celebración coincide con los «días perdidos» suplementarios del antiguo calendario maya —los *chay k'in*— en cuyo lapso se reinventa el mundo, y cuya parafernalia reconstruye paso a paso los eventos de las grandes rebeliones indias que sacudieron la región en 1693-1727 y en 1869-1911. Aquí, el Carnaval cumple la doble función de reinventar el Cosmos y de representar el pasado con los códigos culturales del presente de esas comunidades. Los grandes ciclos de revuelta coincidieron también con grandes ciclos de supervivencia del calendario ritual prehispánico, con crisis periódicas de la sociedad colonial y se rememoran ahora con una visión acumulativa que no respeta tanto el orden cronológico estricto como el orden marcado por las lealtades primordiales del grupo. Aquí también, y esto es único en el área maya, la agricultura se sigue rigiendo por el calendario agrícola antiguo, de 18 meses de 20 días cada uno, más los cinco días suplementarios. Aquí, los espacios lúdicos y rituales sólo pueden ser analizados combinando, los recuerdos históricos con los referentes mitológicos, aquí la «historia» es representada por una constante irrupción de lo maravilloso, en donde el pasado aún no ha sido secularizado; lo cual nos habla de una relativa derrota de las concepciones occidentales y judeo-cristianas del mundo (las que a fin de cuentas hacen posible el capitalismo y el mundo moderno). Este modelo indio del universo ha logrado escapar hasta ahora, adaptándose al calendario católico, a las limitaciones de la visión ortodoxa que se les quiso imponer. La sucesión cíclica del tiempo maya resultó a fin de cuentas tan fuerte que logró permear estas sucesivas recreaciones festivas que hoy suelen ser analizadas desde fuera sólo como manifestaciones folklóricas.

Pero la inversión de los valores que en Occidente tomaron fuerza en el siglo XVII no es solamente algo característico de la resistencia en la periferia de la economía-mundo: se manifestaron también en el corazón mismo de una Europa que en ese siglo vivía la peor crisis de su arribo a la modernidad. Uno de los ejemplos más portentosos es la propia visión manifestada por Cervantes en *El Quijote*, el sueño americano condensado en «valer un Perú» o «valer un Soconusco», el trastocamiento del tiempo típico de las visiones paganas europeas aún no derrotadas por el cristianismo, como el incidente en la cueva de Montesinos o la inmensa crítica que subyace en la recreación constante de las novelas de caballería, ejecutadas cotidianamente por un Don Quijote que se resiste a adoptar los valores ya decadentes del siglo XVII. Aquí el Siglo de Oro se transforma en el Siglo de Hierro, marcado por la deshumanización de las relaciones sociales: «Dichosa edad», nos recuerda Cervantes, «y siglos

dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mío*».

La propia dimensión carnavalesca de ese siglo aparecerá en Nueva España en los paseos del pendón, en donde se mezclan todos los elementos de una sociedad barroca, como los descritos por Leonard, con claros rebordes del análisis de Rabelais hecho por Bajtin:

El 24 de enero de 1621, en la ciudad de México, un espectáculo de este tipo tuvo importancia de atracción especial. La mascarada constó, casi enteramente de las figuras muy conocidas de los héroes de los aún populares romances de caballería: Amadís de Gaula, don Belianís de Grecia, Palmerín de Oliva y el Caballero de Febo [...] Inmediatamente después de esta revista de paradigmas imaginarios de la vida osada y valerosa se presentaron otros más recientes y amenos: El Caballero de la Triste Figura, Don Quijote de la Mancha, cuyas desventuras eran del conocimiento común desde hacía 15 años. Pero no sólo se mostraron las excentricidades cómicas de este caballero idealista a la muchedumbre que atestaba las calles. Tras del reciente paladín de la ficción caballeresca se presentaron dos figuras de raro aspecto cabalgando camellos y de fácil reconocimiento: Melía, la hechicera, y Urganda, la protectora de los caballeros andantes medievales; en esta ocasión Urganda fue irreverentemente representada como una vieja arrugada y haraposa [...] La presencia de estas figuras inspiradas en El Quijote en las calles de la ciudad de México en aquel año histórico de 1621 ofrece testimonio curioso de la aceptación que tuvo la gran obra de Cervantes en un reino lejano, muy poco tiempo después de su publicación en España, e indica el lugar que ya ocupaba en el folklore popular.¹

Pero quizás gran parte de estas representaciones simbólicas del pasado, que hoy perviven en la memoria popular, tenían su más íntimo espacio

¹ Irving A. Leonard, *La época barroca en el México colonial*, Colección Popular, FCE, México, 1976, pp. 177-179. Sobre la inversión popular del mundo, los carnavales europeos y la visión de Rabelais, véase: Mijail Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento, El contexto de François Rabelais*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, quien, entre otras cosas, afirma: «La noción implícita del tiempo contenida en esas antiquísimas imágenes, es la noción del tiempo cíclico de la vida natural y biológica», pp. 28-29.

de reproducción en el propio funcionamiento lingüístico, en el discurso profundo de las visiones del tiempo, tal y como se procesan en los diferentes lenguajes naturales.

La relatividad lingüística

Y aunque el tema es muy amplio, creo que consta de algunos referentes interesantes, que son los únicos que se interconectan con todo este reagrupamiento de la ciencia que coincide tan sorprendentemente con la crisis de las entreguerras.

Aquellos de nosotros que se ocupaban del lenguaje, [dice Jakobson refiriéndose a los muchos caminos comunes en la década de los veinte] aprendieron a aplicar el principio de la relatividad a las operaciones lingüísticas; nos sentíamos normalmente atraídos en esa dirección por el desarrollo espectacular de la física moderna y por la teoría de la práctica del cubismo en pintura, donde todo está fundado en la relación y la interacción entre las partes y las totalidades, entre el color y la forma, entre la representación y lo representado. Braque declaraba: "No creo en las cosas, no creo más que en sus relaciones".²

Y si la física cuántica proviene en lo fundamental de un universo compuesto de *quanta* o de «paquetes conceptuales», una de las definiciones de *fonema* más sintéticas logradas por Jakobson, no puede sino remitirnos a este «espíritu de época» en la ciencia: «Los fonemas son como una especie de acorde fónico, es decir, paquetes de rasgos distintivos concurrentes».³

Muchos de estos principios no sólo fueron aplicados al interior de los sistemas naturales del lenguaje —al gran desarrollo de la fonología y la lingüística estructural—, sino también a la incierta frontera del lenguaje con el universo de lo social y lo cultural en un sentido mucho más amplio. La oposición y la complementariedad rebasaban el campo estrecho de la lengua y llevaban a la constatación de la relatividad lingüística tal y como fuera concebida por Whorf, es decir, la tesis según la cual la estructura global de toda lengua ejerce un influjo diferencial sobre el pensamiento de quien la

² Roman Jakobson, «El concepto lingüístico de rasgos distintivos: reminiscencia y meditacion», en R. Jakobson, *Nuevos ensayos de lingüística general*, Siglo XXI Editores, México, 1976, p. 142.

³ Jakobson, *Arte verbal, signo verbal, tiempo verbal*, Lengua y Estudios Literarios, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, p. 40, («Diálogo sobre el tiempo en la lengua y la literatura», entrevista de Krystina Pomorska).

habla, sobre el modo en que concibe la realidad y sobre la manera como se comporta frente a ella. De allí, la lingüística arrastraría a las demás ciencias sociales, y en especial a la antropología y la historia: aunque ya para los sesenta el estructuralismo, en particular en Francia, se convertiría en una moda limitante y en gran medida superficial.

Esta determinación relativista whorfiana se halla, por supuesto, referida a la múltiple apreciación cultural de la naturaleza circundante, y se expresará, por ejemplo, en el tratamiento del *tiempo verbal*. Al expresarse la temporalidad, el dominio de la subjetividad se agranda, aun cuando el concepto de tiempo suele aparecer como sumamente organizado en todos los lenguajes naturales. Ya sea que esta noción aparezca en la flexión de un verbo o en palabras de otras clases; de una u otra manera se distinguen siempre tiempos,

[...] sea un pasado y un futuro, separados por un presente, como en francés o en español; sea un presente-pasado opuesto a un futuro o un presente-futuro distinguido de un pasado, como en diversas lenguas amerindias [...] Pero siempre, [lo asegura Benveniste] la línea divisoria es una referencia al presente. Ahora, este "presente" a su vez no tiene como referencia temporal más que un dato lingüístico: la coincidencia del acontecimiento descrito con la instancia de discurso que lo describe; el asidero temporal del presente no puede menos de ser interior al discurso.⁴

Surgen aquí también y como lo apuntaría Jakobson,

diversos conflictos entre dos aspectos del tiempo. Está, por una parte, el tiempo del suceso de habla y, por la otra, el tiempo del suceso narrado [...] El tiempo en una narración puede invertirse. La historia puede recurrir a reminiscencias retrospectivas o simplemente puede comenzar con el desenlace y luego ir hacia atrás en el tiempo. Más aún, el narrador puede atribuir directamente un orden invertido de los acontecimientos a la misma realidad ficticia, como lo hizo el gran poeta ruso de nuestro siglo, Velimir Jlebnikov⁵

o como lo hizo, diríamos nosotros, Alejo Carpentier en su *Viaje a la semilla*. A lo que Jakobson agrega: «Considero que sería difícil encontrar otro

⁴ Emile Benveniste, *Problemas de lingüística general*, Siglo XXI Editores, México, 1976, p. 183.

⁵ Jakobson, *Arte verbal, signo verbal...*

campo, salvo la música quizá, en que el tiempo se experimente con tal agudeza [...] es difícil imaginar una sensación del flujo temporal que fuese más sencilla y a la vez más compleja, más concreta y aún más abstracta». ⁶ Y el tiempo del *suceso narrado* constituye, en la producción de todo el discurso mitológico, y luego histórico, la única vía de acceso simbólico al pasado, la única agrupación de formas que representa el pasado ante el oyente o el lector contemporáneo.

Las nociones arcaicas, que la guerra interminable de la ciencia contra el discurso mítico no pudo exterminar, vuelven a ser visibles también en la investigación de Whorf, en especial en su ensayo *An American Indian Model of the Universe*, que data de 1936 y que se refiere a su investigación entre los hopi. Este grupo indio, cuya lengua pertenece a la extensa y profunda familia yuto-azteca, no posee en su lengua la idea de tiempo como flujo uniforme en el cual todo objeto del universo avanzaría paso a paso desde el futuro, atravesando el presente para adentrarse en el pasado; o sea (invirtiendo el punto de vista), un curso en el cual el observador sería constantemente arrastrado viniendo del pasado hacia el futuro, por la corriente de la duración. En esto, los hopi coincidirían más bien con la parábola zen del tiempo móvil e inmóvil a la vez. Pues esta lengua, nos dice Whorf, «no contiene en efecto palabras, formas gramaticales, construcciones o expresiones que se refieran directamente a lo que nosotros llamamos tiempo, o al pasado, presente y futuro, o a lo que continúa y dura, o al movimiento concebido cinéticamente más bien que dinámicamente»; ⁷ y mucho menos alude jamás al espacio de modo tal que excluya de él algo que nosotros pudiéramos individualizar como tácita dimensión temporal.

La lengua hopi está en sí misma perfectamente dotada para describir, de manera correcta y completa, y desde un punto de vista operativo, todos los fenómenos observables del universo. En ella no existe la oposición, familiar entre nosotros, de espacio y tiempo. Así, el fundamento de la relatividad física, descrito matemáticamente desde 1905, era ya familiar a la concepción hopi del universo.

En otro momento, Whorf —quien originalmente se interesó por la química— influyó también en el análisis del navajo emprendido por

⁶ *Ibidem.*

⁷ Benjamin Lee Whorf, «An American Indian Model of the Universe» en *Language, Thought & Reality, Selected Writings of Benjamin Lee Whorf*, The Massachusetts Institute of Technology Press, 1964, pp. 57-64. También, Ferruccio Rossi-Landi, *Ideologías de la relatividad lingüística*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1974.

Kluckhohn y Leighton unos diez años después,⁸ y relacionado —por supuesto— con el concepto de relatividad cultural que la antropología norteamericana venía trabajando desde principios de siglo. Aquí, los verbos navajos «expresan significados muy bien definidos combinando elementos que, en sí mismos, son generalizados e incoloros. Se la podría llamar una lengua química: el procedimiento fundamental consiste en utilizar los diversos efectos de pequeños elementos organizados en distintas estructuras». El navajo es rico en clasificadores de objetos (como las lenguas mayas) y se requieren de extensos circunloquios en inglés para expresar la totalidad del campo semántico de un verbo navajo. En todo caso, la temática de estos estudios aborda la comparación con las lenguas europeas, que tendrían según esto una visión más «cartesiana» del mundo, y a las que Whorf clasifica como «lenguas SAE» (*standard average european* o «lengua europea normal media»). Las lenguas amerindias, en todo caso, captarían mejor una serie de fenómenos de movimiento y tiempo, que resulta difícil expresar en las llamadas lenguas SAE. El hopi, por ejemplo, posee una enorme riqueza para expresar muchísimos tipos de fenómenos vibratorios referidos a casos elementales de procesos de deformación. La terminología hopi es tan rica, precisa y susceptible de extensiones sistemáticas que,

si se quisiera, se la podría utilizar para describir innumerables fenómenos de nuestro mundo técnico, como los movimientos de las máquinas y de los procesos ondulatorios, de los cuales los hopi no han sabido nada y que, en cambio, carecen de una nomenclatura definida en las lenguas europeas. Esta perfecta funcionalidad del hopi se debe a que esa lengua distingue entre dos clases de experiencia, en una oposición general correspondiente a la que existe entre partícula y campo, considerada por la física contemporánea como más fundamental que aquella planteada entre espacio y tiempo o entre pasado-presente-futuro que nos imponen nuestras lenguas SAE. [La oposición observada, concluye Whorf,] siendo obligatoria para sus formas verbales, prácticamente obliga a los hopi a notar y observar los fenómenos vibratorios y, más aún, los impulsa a ponerles nombre y clasificarlos.⁹

Un fenómeno similar lo hemos encontrado en una lengua maya hablada en el norte de Chiapas, el chol, en donde detectamos un sistema comple-

⁸ Clyde Kluckhohn y Dorothea Leighton, *The Navaho*, Doubleday, New York, 1946.

⁹ Whorf, *loc. cit.*

jo de 67 clasificadores numerales: en chol, como en otras lenguas del grupo no se cuenta a secas, se cuentan cosas planas, largas, inanimadas, personas, cuadrúpedos, etcétera. También, el sistema chol de agrupación y percepción de los colores es bastante fecundo, pues a partir de cinco colores básicos —y utilizando algunos recursos expresivos a nivel de palabra— es posible expresar una amplísima gama de matices y situaciones dinámicas del color; pues no sólo se clasifican con base en matices fijos, sino, sobre todo, con base en matices que se dan en situaciones cambiantes y específicas: por ejemplo, «rojo que se levanta al golpear la lumbre», «negro en cosas redondas», «negro como espiar de noche», «blanco de claridad tenue en expansión»; expresados en una sola palabra compuesta de la raíz de color básico, un formativo verbal y un sufijo de matiz. Las situaciones verbales, referentes a tiempo y desplazamiento son también riquísimas en el nivel de palabra: por ejemplo, «corriendo un animal velozmente sobre el agua», «vibrando al caer una moneda antes de inmovilizarse en el piso», «desajustándose dos piezas que vayan encima de algo que se mueve», etcétera; utilizando la reduplicación y un sufijo, de manera similar a lo que ocurre en hopi.¹⁰

Los efectos del tiempo sobre las lenguas

Aquí habría que insistir, sobre todo, en las aportaciones de una lingüística que, también desde los veinte, dejó de temer al tema tabú planteado por la lingüística histórica desde fines del XIX y se decidió de nuevo a recorrer en sentido inverso el tiempo, a redescubrir el pasado que se hallaba oculto en algunos elementos del presente; llegando incluso a plantearse los problemas mismos del origen del lenguaje humano. Desde principios de los treinta, otro lingüista norteamericano, que terminaría sus días en México, Morris Swadesh, inició de manera fecunda algunos interesantes itinerarios hacia el pasado de las lenguas que no tienen una memoria por escrito de sus «lenguas madres» (a diferencia de las lenguas romances que cuentan con el registro escrito de su protolengua, en este caso el latín). Este itinerario hacia la «prehistoria» se inspiró en gran medida en los parámetros de la etnología y la etnolingüística de Sapir, cuyos principales ejemplos se buscaron también en las lenguas indias de Norteamérica.

El método desarrollado por Swadesh —la glotocronología— consistió en elaborar listas estadísticas de cien términos generales que pudieran

¹⁰ Antonio García de León, «El trabajo educativo y su relación con algunos aspectos de sociolingüística», en *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1974-1975)*, INAH, México, 1976, pp. 155-170.

proporcionar una evidencia confiable y constante de los siglos de separación entre las lenguas emparentadas, los «siglos mínimos». Para ello se recurrió a múltiples pruebas y a comparar los resultados lexicoestadísticos en grupos de lenguas para los cuales existe un registro escrito o «histórico» de los cambios (como el caso del latín vulgar y su desarrollo hacia la conformación de variantes dialectales y luego a la familia de las lenguas romances). El objetivo, en todo caso, era contar con evidencias que dilucidaran la «prehistoria» de los grupos lingüísticos que en su mayoría no cuentan con las evidencias paralelas de la historia escrita:

Ochenta años después de que Johannes Schmidt señaló por primera vez, lo inadecuado del viejo concepto del desarrollo de las lenguas como un árbol genealógico, algunos lingüistas comparativos todavía intentan trazar el camino de los grupos lingüísticos hacia atrás, hasta sitios singulares de espacio y tiempo...¹¹

Los iniciadores del método sabían que el desarrollo del idioma obedece en gran parte a factores sociales, pero también, como lo afirma Swadesh, «tenían presente el hecho de que ciertos aspectos de la lengua parecen ser impermeables a los cambios culturales». ¹² Al plantearse el estudio de los cambios como un «auxiliar de la prehistoria», Swadesh y sus seguidores ponían las bases de un método que, afinado en sus excesos difusionistas y monogenéticos del inicio, se ha revelado como un poderoso auxiliar para conocer los avatares de los procesos históricos en contextos como el de la antigua Mesoamérica. ¹³

En todo caso, el tratamiento de estos temas coincide también sorprendentemente —y en esto habría un estrecho parangón con las ciencias naturales y exactas— con el rompimiento del tabú acerca de investigar el origen del lenguaje, el problema de las ideas innatas y de la «innatez» del lenguaje humano (que sería luego desarrollado por la lingüística transformativa de Chomsky, con base incluso en una recuperación de la lingüística anterior y posterior al siglo XVII); los procesos de autorganización de las estructuras y el discurso autorreferente. Sobre estos dos últimos aspectos habría que abundar, en tanto involucran también conexiones de la lingüística con la matemática, la literatura y el arte en general.

¹¹ Mauricio Swadesh, «La lingüística como instrumento de la prehistoria» en M. Swadesh, *Estudios sobre lengua y cultura*, Acta antropológica, ENAH, México, 1960, pp. 93-127.

¹² *Ibidem*.

¹³ Donde más se ha aplicado el método es en los grupos lingüísticos de Mesoamérica.

Por ejemplo, se ha descubierto que lejos de ser una ilusión, la *irreversibilidad* desempeña un papel esencial en la naturaleza, en el flujo mismo del acto de habla, y se encuentra en el origen de muchos procesos de organización espontánea. Sabemos hoy día que estos procesos son presumiblemente el fundamento de la autorganización en los sistemas biológicos (en donde, como en la estructura helicoidal del ADN, funciona todo un *lenguaje genético*); y nos encontramos «en un mundo azaroso, un mundo en el cual la reversibilidad y el determinismo son solamente aplicables a situaciones límite y casos simples, siendo al contrario la regla la irreversibilidad y la indeterminación».¹⁴ Este juego entre orden y desorden, entre azar y necesidad, llevó sin embargo y durante mucho tiempo hacia la idea más cómoda de equilibrio: en la dinámica y la termodinámica y más tarde en el pensamiento sociológico y económico. «Tenía [dicen Prigogine y Stengers] un atractivo emocional como resultado de su asociación con las ideas de orden y armonía».¹⁵

Y a pesar de que el estructuralismo, por ejemplo, se piensa a menudo como estático, habría que recordar el capítulo final del *Cours de linguistique générale* (que ha inspirado en gran medida a los estructuralistas), en el cual, De Saussure describe la propagación de «ondas lingüísticas» sujetas a dos tipos de fuerzas: la «interrelación» que crea la comunicación y el «espíritu de aldea» que mantiene las peculiaridades locales.

El discurso histórico como tal

De un tiempo acá resulta bastante común la descripción formal de conjuntos de palabras superiores a la oración, los que dan motivo al nivel de *discurso*, a su análisis por medio de una serie de técnicas específicas —el «análisis del discurso»— y al haberse constituido la semiología como la disciplina adecuada para el desmembramiento de esos niveles en el lenguaje. En muchos contextos culturales ha sido posible así aislar *tipos de discurso*, como el discurso religioso o mitológico; o en nuestro entorno el discurso político, novelesco o literario. Para los efectos de la *historia*, los que constituyen a la postre la preocupación inicial de la que hemos partido, resultará fundamental —para determinar su pretendido carácter «científico»— indagar si existe algún tipo de construcción *per se* que identifique al discurso histórico como caracterizado por algún elemento específico o por alguna marca indudable (y que lo

¹⁴ Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Alianza Editorial, Madrid, 1983, p. 19.

¹⁵ *Ibidem.* También, Jacques Monod, *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*, Tusquets Editores, 3a. edición, Barcelona, 1985.

haga distinto a la narración imaginaria como tal). Y si ese elemento existe, habría que definir claramente en qué nivel de la enunciación se encuentra. Pues, como lo recuerda Barthes,¹⁶ «en nuestra cultura, desde la antigüedad griega, la narración de los acontecimientos pasados ha sido sometida comúnmente a la sanción de la "ciencia" histórica, garantizada necesariamente por lo "real", justificada por principios de exposición "racional"...», en fin, todo lo que hace distintiva a la narración histórica y que para los historiadores constituye la base de la supuesta «cientificidad» del relato histórico.

Aquí, habría que recurrir a esas formas de evocar el tiempo pasado, el tiempo del suceso narrado, marcado por los recursos que Jakobson¹⁷ llama *shifters* o «embragues». Al hacerlo, vamos a descubrir que el discurso histórico sólo difiere del discurso imaginario por la preferencia de algunos embragues, *recurrencia que sin embargo no alcanza todavía a constituirlo como un discurso estructuralmente distintivo*. Algunos embragues característicos se pueden incluso mencionar:

Un recurso sería el «testimonial», que se basa en las fuentes y los testimonios y que convierten al narrador en un escucha que transmite o condensa el acto del informador y la palabra del enunciante que lo refiere. Pero a pesar de ser uno de los embragues preferidos por el historiador, o por el antropólogo que usa un informante, no es exclusivo del discurso histórico: aparece en el discurso hablado normal y, por supuesto, en la literatura. Otro elemento sería el «organizador», en el que el enunciante organiza el discurso narrado por medio de algunas marcas (inmovilidad, ascenso, descenso, interrupción, aviso...), y en el que suele haber la fricción de dos tiempos: el tiempo de la enunciación y el tiempo de la materia enunciada. Este recurso hace que el discurso llegue a ser incoherente en el uso del tiempo narrado, pero lo acerca mucho al tiempo complejo, paramétrico y para nada lineal característico de las antiguas cosmogonías, al tiempo del adivino, del poeta y del profeta: este embrague «de organización» induce a la función predictiva del historiador; pero, nuevamente, no es exclusivo del discurso histórico.

Un tercer embrague tiene que ver en la participación del enunciante en el tiempo del suceso narrado, en donde el historiador, como actor del suceso se convierte en su narrador; como en *La historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo, en donde hay una constante recurrencia de este tipo de embrague

¹⁶ Roland Barthes, «Le discours historique», en *Poétique*, Seuil, Paris, número 49, fevrier, 1982, pp. 13-21.

¹⁷ Jakobson, «El lenguaje en relación con otros sistemas de comunicación», en *Nuevos ensayos de lingüística general*, capítulo 3, pp. 97-110.

discursivo («yo lo vide...»). El recurso, sin embargo, es común en cualquier relato oral que, a su turno, pueda servir de fuente al discurso histórico: es algo así como un espejo reflejado en otro.

El propio papel social del historiador, del cual a veces éste es poco consciente, puede también generar una serie de recursos justificativos, de síntesis sustantivas, que son más comunes al enunciado ideológico o propagandístico; que restan credibilidad al propio enunciado y que tienen más que ver con el «discurso de poder» que veremos adelante.¹⁸ Así, el *status* de un suceso puede ser, como los modos verbales, afirmativo, interrogativo, negativo, condicional, etcétera... La historia positivista puede ser así eminentemente positiva, o como lo recuerda Barthes:

El status del discurso histórico es uniformemente afirmativo, constativo. El hecho histórico está ligado lingüísticamente al hecho de ser. Se relata lo que ha sido y no lo que ha ocurrido o lo que es dudoso. En una palabra, el discurso histórico no conoce la negación [...] está relacionado con la disposición que encontramos en un locutor muy diferente al historiador: el psicótico. Este es incapaz de operar en el enunciado una transformación negativa. Puede decirse que, en un cierto sentido, el discurso "objetivo" (que es el caso del historiador positivista) se acerca a la situación que guarda el discurso esquizofrenico.¹⁹

Y por lo que se ve, por su misma estructura y sin que haya necesidad de recurrir a la sustancia del contenido, el discurso histórico es *esencialmente una elaboración ideológica*, o para ser más exactos, una elaboración *imaginaria*: lo cual confirma la naturaleza evasiva del suceso y la inexistencia del «acontecimiento» como tal. Ya Nietzsche decía: «No hay hechos en sí. Siempre hay que empezar por introducir un sentido para que pueda haber un hecho». Por eso hay que preguntarse con más precisión cuál es el sitio de lo «real» en la estructura del discurso propio de la historia. En otros términos, como lo define Barthes, «En la historia "objetiva", lo "real" no es sino un significado informulado, abrigado detrás del aparente todopoderoso del referente. Esta situación define lo que podría llamarse el *efecto de lo real*».²⁰

¹⁸ Un ejemplo muy cercano de esto son las exégesis del actual régimen político mexicano en los recién editados libros de texto de historia (1992), que tuvieron que ser retirados por sus excesos propagandísticos.

¹⁹ Barthes, *loc. cit.*

²⁰ *Ibidem.*

Y ese efecto de lo real ha sido precisamente uno de los elementos más buscados en la civilización de Occidente, la que surge como tal —renovada—, en el siglo XVII, la que se erige sobre las ruinas del desencantamiento del mundo: «el hecho narrado tuvo realmente lugar»... Secularizada de esta manera, la reliquia no conserva nada de sagrado: es el objeto o el valor de uso que se transforma en mercancía. Y esa transformación continúa en el discurso histórico actual, en el enunciado «científico» que cree sustituir con la frialdad de los «procesos» el calor de la vieja historia narrativa... «La narración histórica muere porque el signo de la historia es desde ahora menos lo real que lo inteligible».²¹

La serpiente se muerde la cola

También, y desde que —hacia 1885— George Cantor formulara una teoría de diferentes clases de infinitos conocida como «teoría de conjuntos», surgieron las paradojas que hacían incongruente el modelo matemático, basadas en un aspecto que también involucra a la lingüística y a la historia: *el discurso autorreferente*. El problema aquí fue hacer —al igual que en la teoría de los números y en la geometría— que la intuición se emparejara perfectamente con los sistemas formalizados, o axiomáticos, de razonamiento. En este discurso, que Hofstadter llama «bucles extraños», se basarían gentes tan diferentes en el tiempo y en el espacio como Gödel, el pintor Escher y Johann Sebastian Bach...

Una variante vistosa de la paradoja de Russell [nos dice Hofstadter mencionando la paradoja según la cual los conjuntos no son miembros de sí mismos (por ejemplo: "el conjunto de todas las moscas no es una mosca")], es la llamada paradoja de Grelling, en la cual se utilizan adjetivos en vez de conjuntos. Dividamos los adjetivos que se usan en español en dos categorías: la de los que se describen a sí mismos, como "esdrújulo" o "hexasilábico", y la de los que no se describen a sí mismos como "potable" o "incompleto". Ahora bien, si a los de la primera categoría los llamamos autológicos y a los de la segunda heterológicos... ¿a qué categoría pertenece el adjetivo "heterológico"? ¿nos arriesgaremos a decir que el adjetivo "heterológico" es heterológico, que no se describe a sí mismo?...

El único culpable de estas paradojas parece ser el fenómeno de la autorreferencia, que es como decir el Bucle Extraño. Entonces, si lo

²¹ *Ibidem.*

deseable es eliminar todas las paradojas, ¿por qué no procurar eliminar la autorreferencia y todo cuanto pueda servirle de raíz? La empresa no es tan simple como se creería, porque puede ser difícil saber dónde está ocurriendo una autorreferencia. Puede estar diseminada en todo un Bucle Extraño de varios pasos, como en esta versión ampliada de la paradoja de Epiménides, que hace pensar en Manos dibujando (un célebre dibujo de Escher):

La afirmación que sigue es falsa.

La afirmación que antecede es verdadera.

Si las tomamos juntas, estas dos afirmaciones tienen el mismo efecto que la paradoja original de Epiménides; pero si las tomamos por separado son afirmaciones inocuas y hasta potencialmente útiles. La "culpa" de este Bucle Extraño no se puede achacar a ninguna de las dos afirmaciones, sino exclusivamente a la manera como "apuntan" la una a la otra...²²

Y es este tipo de recursos lo que hace muchas veces el efecto original en la obra de arte: en los cánones de Bach contruidos como repeticiones simétricas, las litografías de Escher, las pinturas de René Magritte, en el diálogo entre Aquiles y la tortuga de *El juego de la lógica* de Lewis Carroll, en los cuentos de Borges (*El Otro...*), en *Continuidad de los parques* de Julio Cortázar (en donde un personaje de una novela asesina al lector de esa misma novela), en *El Quijote* mencionado por Cervantes en el noveno capítulo de *El Quijote*, o en el breve relato del filósofo chino Chuang Tzu, *El sueño de la mariposa*, escrito 300 años antes de nuestra era:

«Chuang Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar ignoraba si era Tzu que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa y estaba soñando que era Tzu».²³

En todo caso, lo que vemos aquí son algunas ventanas abiertas al poder esencial del lenguaje; pues el privilegio del hablante se encuentra en el hecho de que la lengua es tal vez el único medio capaz de transportarnos a través del tiempo y el espacio. Las imágenes memorizadas de acontecimientos pasados pueden fragmentarse en sus distintos componentes para ser posteriormente recombinadas y producir representaciones hasta entonces desconocidas y crear situaciones nuevas: pero esa capacidad sólo, se hace realidad con el

²² Douglas R. Hofstadter, *Gödel, Escher, Bach: una eterna trenza dorada*, CONACYT, México, 1982, p. 26.

²³ Citado por Jorge Luis Borges en su cuento «Nueva refutación del tiempo».

lenguaje humano, el que permite no sólo conservar las imágenes del pasado, sino de imaginar acontecimientos posibles, o sea, *inventar el porvenir...*

Y lo que al parecer proporciona al lenguaje su carácter único no es tanto que sirva para comunicar «ideas» o directrices, como falsamente se imaginaba en las viejas tautologías acerca del origen del lenguaje, sino el hecho de que permite la *simbolización*, la evocación de imágenes: una materia que se presta a la combinación ilimitada de los símbolos, que permite la creación mental de mundos posibles. Y en esa característica fundamental no existe distinción entre los lenguajes naturales del hombre, sean estos hablados por grupos «primitivos» o por complejas sociedades modernas. No existe ninguna lengua «primitiva» contemporánea, no hay distinción cualitativa, lo que hay, son —en todo caso— distinciones léxicas cuantitativas: los principios innatos de organización limitan drásticamente la clase de lenguas posibles, y si bien las lenguas difieren bastante en sus estructuras superficiales, resultan muy semejantes en sus formas gramaticales profundas. O dicho de otra manera, no hay sociedades humanas al margen de la historia.

La evidencia de que disponemos [lo dice Chomsky al analizar las interrelaciones entre la lengua y la mente humana] favorece la tesis de que todas las lenguas humanas comparten propiedades de organización y estructura hondamente enraizadas. Estas propiedades —estos rasgos lingüísticos universales— pueden considerarse como capacidades mentales innatas más bien que como resultado del aprendizaje.²⁴

Y en una afirmación que iría aun más allá, Chomsky desecha los conceptos del viejo evolucionismo y se inclina por la complejidad «innata» entre las estructuras subyacentes y las superficiales: el objeto de la lingüística no estaría más en el análisis del discurso superficial sino en la forma como ambas estructuras se relacionan por medio de una secuencia de operaciones formales llamadas generalmente «transformaciones gramaticales», *un sistema «generativo» en cuanto que hace un uso infinito de medios finitos*. Del número de estas transformaciones, y de su reflejo en la oración y el discurso (y aquí se involucra tanto la memoria como el discurso mítico e histórico), dependerá el grado de la memoria y la capacidad de transmitirla. Las «fórmulas» de la memoria oral y colectiva —que es en gran parte la materia de la que está formado el discurso histórico— estarán así condicio-

²⁴ Noam Chomsky, «La lengua y la mente», capítulo 7 de la colección de ensayos compilados por Heles Contreras, *Los fundamentos de la gramática transformacional*, Siglo XXI Editores, 1975, pp. 189-204.

nadas por estas transformaciones gramaticales: «oraciones cortas con más transformaciones ocupan más espacio en la memoria que oraciones más largas pero con menos transformaciones», diría Chomsky.²⁵

Para mostrar la distinción entre estructuras profundas y superficiales, Chomsky ha recurrido al ejemplo de oraciones que tienen una estructura sintáctica similar en la superficie (analizadas bajo la óptica de la sintaxis descriptiva) pero que difieren del todo en su estructura profunda, y en donde las «transformaciones» que las producen resultan por lo mismo decisivas. Por ejemplo, entre las oraciones: «Lo que le dije a Juan fue que se fuera», «Lo que esperaba de Juan era que se fuera» y «Lo que recomendé a Juan fue que se fuera», resultaría, —para la gramática descriptiva—, que parecen tener la misma estructura sintáctica un sujeto (yo) y un predicado que consta de un verbo (“dije”, “esperaría”, “recomendé”), una frase nominal y una frase predicativa (“que se fuera”),

Sin embargo, [dice Chomsky] esta semejanza afecta sólo lo que podemos llamar la “estructura superficial” de estas oraciones, que difieren en aspectos importantes cuando las consideramos con más atención: las diferencias aparecen al parafrasear las oraciones o al someterlas a ciertas operaciones gramaticales tales como la conversión de la forma activa a la pasiva.²⁶

Aquí ocurre que algunas pueden parafrasearse y otras no, que resultan secuencias *agramaticales* o incorrectas (como: «Fue dicho por mí que Juan se iría»). Lo interesante es que quien oye la señal lingüística conoce esto intuitivamente.

No se requiere práctica o instrucción especial para capacitar al hablante nativo para que entienda estos ejemplos, para que distinga lo “incorrecto” de lo “correcto”, aunque los ejemplos le sean totalmente nuevos. El hablante nativo interpreta estos ejemplos en forma instantánea y uniforme, de acuerdo con principios estructurales que él conoce tácita, intuitiva y subconscientemente.²⁷

Y aquí la «profundidad transformativa» del lenguaje humano, y de la inteligencia natural es la marca que lo distingue de cualquier inteligencia

²⁵ *Ibidem.*

²⁶ *Ibidem.*

²⁷ *Ibidem.*

artificial. Las formas y mecanismos de estas transformaciones, desde una estructura subyacente abstracta e inconsciente hasta una señal física superficial, son extraordinariamente semejantes en todas las lenguas. Como serían semejantes, al llevar esto al terreno minado de la historia, los procesos que median entre las estructuras profundas del complejo devenir humano —lo que Braudel ha llamado atinadamente la *larga duración*— y las estructuras superficiales del acontecimiento: de allí que la crítica braudeliana a la «historia episódica» coincida en gran medida con la crítica chomskyana a la lingüística descriptiva: ambas descuidan las transformaciones que hacen posible la historia y la naturaleza generativa del lenguaje.

Chomsky concluye también con una afirmación que lo remite al pensamiento anterior al siglo XVII y a algunos filósofos del lenguaje de principios del XIX (como el «racionalista activo» Wilhelm Von Humboldt):

Hay todavía otra cuestión que podríamos discutir aquí. ¿Cómo llega a adquirir la mente humana las propiedades innatas en que se basa la adquisición del conocimiento? Es claro que sobre este punto la evidencia lingüística no proporciona información ninguna. Los procesos por medio de los cuales la mente humana ha adquirido su estado presente de complejidad y su forma particular de organización innata son un misterio total, tanto como las cuestiones análogas que podrían proponerse acerca de los procesos que conducen a la organización física y mental de cualquier otro organismo complejo. Es perfectamente inocuo atribuir estos procesos a la evolución, siempre que recordemos que esta afirmación no tiene, en realidad, sustancia —que equivale nada más que a la creencia de que seguramente debe existir alguna explicación naturalista para estos fenómenos.²⁸

Y todo esto se hace aun más complejo si añadimos al análisis las diferencias sociales, las desigualdades históricamente conformadas en las sociedades humanas, que a su turno condicionan gran parte de lo que sería la múltiple generación de los discursos hablados y escritos.

ESC. NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HIST
BIBLIOTECA
PUBLICACIONES PERIODICAS

²⁸ *Ibidem.*